aquel que vió en Egipto triunfante la idolatría con su séquito de estragos y de escándalos, y luego vió los ídolos derrumbados á la presencia del divino Infante, no consiente cerca de ella otras adoraciones, ni otro culto, que el de Nuestro Señor Jesucristo.

Duro, luengo y desasosegado fué el camino del desierto y recia la batalla por la obediencia; pero ¡cuán dulce y hermosa y regalada la victoria! *Vir obediens loquetur victorias.*

II

¿Se parece nuestra obediencia á la de José? Cuando en los mandatos de nuestros padres ó en el cumplimiento de nuestras leyes y obligaciones hay privación del sueño, viajes llenos de peligros, y dificultades y lejanos países donde no se habla nuestra lengua, ni se observan las costumbres que han formado en nosotros una segunda naturaleza, ¿hacemos fuerza á nuestro corazón é inteligencia para obedecer como José? ¿No se levantan quejas de nuestro pecho y rebeliones en nuestra mente contra aquellas órdenes superiores, sin que sean parte para obligarnos á obedecer los ejemplos de José y de María, y el más poderoso de Cristo, nuestro bien, que obedeció hasta la muerte, y muerte de Cruz (1)?

¡Oh, y cuánto de dicha y de paz lleva consigo la obediencia! *La obediencia,* dice San Juan Clímaco, *es el sepulcro de la propia voluntad y la resurrección de la humildad* (2), es decir, es el acabamiento del paganismo y el advenimiento del Evangelio; porque concluye en nosotros con todas las malas pasiones, nacidas de la soberbia, y revive todas las virtudes muertas por el pecado.

Viene, pues, á ser esta virtud como la mano del la-

(1) Philip., II, 8.
(2) Climacus, Gradu IV.

brador, que limpia el campo de malas hierbas, y lo riega y abona para que germine y fructifique. Está el campo de nuestro corazón lleno de malas pasiones y cubierto de las zarzas de los vicios, y á él vienen á emboscarse y á hacer su madriguera las fieras y alimañas del infierno. De suerte que, todos los buenos deseos que nacen de él, aun antes de nacidos, son maleados y revueltos con espinas. Pero viene la segur de la obediencia, y comienza á cercenar todas las aviesas inclinaciones, y aquellas malas bestias del pecado, luego que se destruyen sus guaridas y se ven descubiertas con todo su feo aspecto, huyen, rugiendo y bramando, y dejan en libertad y en sosiego al labrador, para arrancar de raíz todos los vicios, regar y ablandar con el agua de la divina palabra aquella tierra por tanto tiempo seca, y arrojar en ella, en vez de espinos y maleza, semilla de virtudes y buenas obras.

En esta labranza de nuestro corazón, padece, es verdad, nuestra voluntad, y tanto más cuanto más hondas estaban las raíces de los vicios. Pero ¡qué necio será el enfermo que por miedo al dolor de un instante, no se deje sacar la espina que le mortifica uno y otro día, y le gangrena la sangre y va minando poco á poco los cimientos de la vida!

No sea nuestra voluntad como el río al que se pretende cambiar de curso, que primero murmura contrariado y luego hace esfuerzos supremos por romper el dique, y por último, tornándose furioso y bramador, resurte con ímpetu por encima de la presa y se despeña por su antiguo álveo con más fuerza que nunca. Seamos como el campo en manos del labrador, que se deja hender y horadar sin poner resistencia alguna al hierro del arado; porque de esta conformidad con las leyes de la obediencia han de provenir muchos bienes y remedios para la salud de nuestra alma.

Un santo se atreve á decir: *cese la voluntad propia y*

no habrá infierno; y es porque la voluntad, guiada por sus mismos deseos, no halla virtud que respete, ni lugar de ignominia donde no entre, ni cima abierta que le ponga miedo; y guiada y sujeta por la obediencia, no osará desmandarse en contra de la virtud, y si tuviere cerrados los ojos y no viere los peligros que por todas partes nos rodean, y los enemigos que á todas horas nos acometen, guiada por las leyes divinas, en ningún abismo se hundirá é irá cantando á todas horas victoria sobre sus enemigos. *Vir obediens loquetur victorias.*

Grande mal, dice San Bernardo (1), *es la propia voluntad, porque hace que nuestras buenas obras no sean buenas para nosotros.* ¿Por qué ayunamos, preguntaban los judíos al Señor por Isaías, y no miras nuestros ayunos, y humillamos nuestras almas, y te desentiendes de nuestras humillaciones? Y respondíales el Señor: «Porque en el día de nuestro ayuno hacéis vuestra propia voluntad.» *Ecce in die jejuni vestri invenitur voluntas vestra* (2).

Ciegos caminamos por los senderos de la vida, tal vez persiguiendo á Cristo con nuestras pasiones y desordenados apetitos, y allá en el fondo de nuestra alma, oímos una voz cariñosa y triste, que nos dice como á San Pablo en el día de su conversión: ¡oh alma, con mi sangre redimida!, ¿por qué me persigues? Y nosotros, derribados de la altura de nuestra soberbia y caídas las cataratas de los ojos de nuestra alma, debemos responder como San Pablo: *Domine, quid me vis facere* (3)? Señor, ¿qué queréis que haga? Porque esta dejación de nuestra voluntad en las manos de Dios, es la manifestación más grande de la obediencia.

Dicen los santos y maestros de la vida espiritual, que la obediencia es un holocausto perfectísimo, en el cual el hombre, sin dividir, ni separar nada de sí, ni reservar

(1) Bernard., serm. 71 sup. Cant.
(2) Isaí., LVIII, 3.
(3) Actum, IX, 6.

nada para él, como el malaventurado rey Saúl reservó lo más florido de los despojos de la victoria sobre Amalec, se ofrecen á su Dios y Señor en el fuego de la caridad por mano de sus ministros. De modo que no solamente se ha de sacrificar el corazón, sino la parte principal de nuestra personalidad y por la que más nos asemejamos á Dios, que es el entendimiento.

Cuando Lucifer tentó á Eva de desobediencia, puso buen cuidado de cambiar primero el juicio, preguntándole por qué les había mandado el Señor que no comiesen del árbol prohibido. Y luego, cuando el entendimiento fué suyo, pasó el deseo de comer á la voluntad ya flaca sin la ayuda de la razón, y alzó Eva los ojos, vió el fruto hermoso y agradable á la vista, y subyugada completamente la voluntad, comió del árbol de la ciencia del bien y del mal y dió de comer á su marido, haciéndose los dos prevaricadores. Que el entendimiento es luz y guía de la voluntad, y en estando él discorde, levanta en el corazón tempestades y revoluciones.

Por eso el gran filósofo Pitágoras, profundamente conocedor del hombre, mandaba á sus discípulos, para que éstos saliesen aprovechados y uniformes en la doctrina, que en habiendo él dicho una cosa, no inquiriesen, ni disputasen más sobre ella. Y San Juan Clímaco, más conocedor aún que Pitágoras del corazón del hombre, como quien lo había sondeado iluminado por la luz de la fe, no se contenta con que no se inquiera, ni filosofe sobre las leyes, sino que desea que se espanten los juicios ó pensamientos que les sean contrarios, como dudas contra la fe ó asaltos contra la castidad.

Como en el lago de Genezaret, después del milagro de los panes y los peces, estuviese el barco donde Jesús hizo subir á sus discípulos, combatido por las olas, vino Jesús á la cuarta vigilia de la noche, y andando sobre las aguas se dirigió á sus discípulos. Y cuando le vieron moverse sobre el mar, se llenaron de pavor creyéndole fantasma,

y dieron voces de miedo. Pero Jesús les habló al propio tiempo, diciéndoles: *Tened buen ánimo; yo soy, no temáis.* Y San Pedro respondió: *Señor, si Tú eres, mándame ir á Tí sobre las aguas.* Y Jesús se lo mandó; y obedeciendo Pedro con la voluntad y conformándola con la de Jesús, bajóse del barco y comenzó á andar sobre las aguas en dirección á su divino Maestro. Pero luego reparó su pensamiento en el aire que soplaba reciamente y no lo sujetó al juicio de Jesús, que le mandó ir sobre las aguas, á pesar de la bravura del viento. Y al instante, como castigo de este desacato de su inteligencia, empezó á hundirse y á dar voces diciendo: valedme, Señor, valedme. *Domine, salvum me fac* (1). Asió Cristo luego de él y se lo llevó consigo al barco, y al instante los vientos cesaron y se tornó la mar serena.

¡Oh! ¡Cuán á lo vivo están retratadas en este pasaje de la Sagrada Escritura las penas con que Dios castiga las rebeldías de nuestro entendimiento! ¡Cuántas veces nos damos á obedecer solamente con la voluntad, mientras allá dentro, en el secreto de nuestra inteligencia, estamos condenando las órdenes de nuestros padres ó superiores como cosa descabellada y falta de juicio, y sentimos miedo de que caminando de aquella manera, que para nosotros es andar sobre las aguas, nos hemos de hundir irremisiblemente ó ha de caer sobre nosotros el azote del ridículo ó de la infamia! Y en realidad de verdad, entonces es cuando nos hundimos, porque ya no está con nosotros el poder de Dios, sosteniéndonos sobre las aguas. Y plegue á Dios que al ser castigados por la desobediencia de nuestro entendimiento, echemos de ver, como San Pedro, que nos traga el mar del pecado, para que volviéndonos á Jesús, que es el remediador de todos los males, demos voces y exclamemos como el Príncipe de los Apóstoles: *Domine, salvum me fac.*

(1) Matth., XIV, 30.

Las ideas de nuestro entendimiento, cuando no están sometidas al influjo de las leyes divinas ó humanas, son como la nieve en las crestas de las montañas, cuando el sol no vierte sobre ellas sus rayos abrasadores; todo lo que sube allí parece helado de frío. Mas cuando nuestras ideas son iluminadas por los rayos del sol de la obediencia, conviértese nuestro entendimiento en fecundo manantial, que riega y fertiliza todas nuestras obras, de la misma manera que la nieve derretida de las montañas baja por las abiertas cañadas, formando río caudaloso que baña y fecundiza los hondos valles en su mansa y sonriente carrera.

Así fué el Patriarca San José; él sometió su corazón y su entendimiento al precepto de Dios, que le fué comunicado por ministerio de un ángel, y no pensó ni en la largura del camino peligroso, ni en la hora de acometer la empresa de la salida, que fué de noche, ni en las amarguras del destierro, lleno de gentiles adoradores del demonio, y Dios le remuneró aquella total sumisión, poniendo ante sus ojos y á la presencia de Jesús los ídolos derrocados y destruidos. *Vir obediens loquetur victorias.*

¡Oh obedientísimo José! ¡Oh varón humilde, siempre dispuesto al sacrificio! ¡Oh entendimiento rendido á la verdad y á la ley! Ruega por nosotros al divino Infante que llevas en los brazos y que quiso sujetarse á tu dominio, para que conformemos nuestra voluntad y nuestra mente á los preceptos de Dios; porque de esta manera serán disipadas, para bien de la paz, las nubes de la duda, serán menos amargas las desdichas de este destierro y valle del llanto, y espléndidas y sin fin en la mansión de los bienaventurados las victorias de la obediencia. Amén.